

Interculturalidad, educación, comunicación ¹

Por Silvia Carrasco

Profesora del Departamento de Antropología Social de la UAB

La autora plantea una reflexión y debate alrededor del concepto de interculturalidad, en relación con la educación y la comunicación desde el punto de vista antropológico, a partir de los puntos que siguen a continuación:

- Culturas, complejos cambiantes
- Cultura, *Culturas* y Educación
- Conflicto cultural, ¿desigualdad, desinformación?
- Aculturación, ¿virtualidad, desvinculación?
- Interculturalidad, *interculturalismo*



¹ Esta reflexión ha sido elaborada, con modificaciones, a partir de diversos textos de divulgación publicados por la autora durante los cursos 1996-97 i 1997-98, que se detallan a continuación: *Cultura escrita, cultura virtual*, Guix (1997); "Interculturalitat i educació. Apunts per a un debat entre l'Antropologia i la Pedagogia", *Educar* n° 22-23 (1998); "Interculturalitat i Diversitat a la Secundària Obligatoria", *Revista del Col·legi de Doctors i Llicenciats en Filosofia i Lletres i en Ciències de Catalunya i Balears* (extra *La difícil aplicació del model comprensiu*) n° juliol (1997); "Educació intercultural: situació actual i perspectives de futur en el marc de la ciutat", *Barcelona Educació*, n° 2 (1997); "Usos y abusos del concepto de cultura en educación", *Cuadernos de Pedagogía* n° octubre (1997); *Racismes, societats, identitats: de la diversitat a la desigualtat*, Col. Biblioteca de la Classe, n° 90, Ed. Graó (1997).

Culturas, complejos cambiantes

En la base de muchos debates actuales que acuden en uno u otro momento al amplio paraguas del concepto de cultura, como aquellos que discuten alrededor de los cambios culturales del mundo a fines del milenio -cambios de entorno, de relaciones, de medios, de cosmovisión-, se encuentran a menudo profundas incomprendiones en torno a la cultura y, lo que puede ser más grave, el uso de la cultura en toda clase de discursos para enmascarar nuevas o más profundas desigualdades. Esta reflexión quiere contribuir a señalar algunos puntos críticos en este sentido.

En Antropología se entiende el concepto de cultura como proceso y como producto. Como principal mecanismo adaptativo de la especie humana frente a su enorme indeterminación genética en lo que se refiere a formas de vida, sistemas de relaciones y organización de la experiencia y del pensamiento. Cada cultura debe ser entendida como una propuesta global de orden frente al caos, compleja y cambiante, cuyos elementos particulares, sin embargo, pueden parecer arbitrarios desde cualquier otra propuesta global y desde cualquier situación crítica de cambio. Un rasgo fundamental de la condición humana es, pues, la variabilidad y, por ende, la capacidad de adaptación.

En todas las culturas distinguimos también entornos de aprendizaje organizados, implícita y explícitamente, con la presencia de agentes socializadores y cuidadores, comportamientos fomentados y comportamientos sancionados, mecanismos de selección y transmisión de contenidos y habilidades culturales. En todos ellos existen expectativas, sentimientos y valores que los orientan y los organizan. Existen formas de organización social, en algunos pueblos, en las que todo el grupo y las actividades que lleva a cabo actúan como el entorno de aprendizaje infantil y otras, en las que diversos aspectos socializadores o partes diversas de esos aspectos se especializan, se segregan o se fragmentan, o incluso entran en contradicción. A lo largo de su ciclo vital, los grupos e individuos enculturados en un entorno concreto pueden pasar por situaciones de discontinuidad en sus experiencias psicoafectivas y de aculturación en los referentes culturales que originalmente aprendieron. Todo ello va conformando un bagaje

cultural, eventualmente transformado, que incluye también su autoimagen, su posición y las relaciones con otros. En resumen, hacer referencia a la cultura es pensar en términos de adaptación y de aprendizaje y, por lo tanto, es pensar dinámicamente en las posibilidades humanas. Sin embargo, aquello que pueden percibir nuestros sentidos en relación con otras culturas y, en parte, también con la nuestra, son conjuntos de normas, instituciones, significados y valores por medio de las prácticas y comportamientos recurrentes de grupos de personas. Tendemos a percibir como estático y cerrado algo que por definición tiene la capacidad de ser transformable.

Cultura, *Culturas* y Educación

Un ejemplo de la incompreensión fundamental del concepto de cultura que es especialmente grave se encuentra en el marco de la educación formal en nuestra sociedad, en la cual las instituciones educativas se han ido convirtiendo en la verdadera arena de contacto y confrontación minorías-mayorías. Y esta incompreensión actúa con mayor fuerza cuando se perciben como *alteraciones* dos tipos de circunstancias concretas en nuestro entorno: la nueva inmigración de *apariciencia inconfundible* desde países pobres y, en parte con ella, los brotes crecientes y sistemáticos de *racismo explícito* (que nos recuerdan la vieja existencia, incómoda e inquietante, del pueblo gitano, forzado a los márgenes de nuestro sistema social). Se acude a la *diferencia cultural* como argumento desde el cual articular interpretaciones y respuestas a lo que se acaba conceptualizando como *desorden*, en las relaciones sociales y en el proceso educativo (tanto si se propone *arreglarlo* mediante la asimilación como cuando si se opta por *contenerlo* mediante la clasificación paralizadora).

Como respuesta, la antropología vinculada a la educación en nuestro país se ha desarrollado en dos sentidos, que coinciden con las demandas procedentes del mundo de la educación y en un ámbito muy restrictivo en sus planteamientos. Por una parte, el problema del *fracaso* y la *inadaptación* de los alumnos que pertenecen a determinadas minorías étnico-culturales, a pesar de los esfuerzos realizados desde diferentes instancias educativas para diseñar estrategias mejores con el objetivo de reducirlo. Por la otra, el problema del *rechazo*, la *negación* y la *incompreensión de la variabilidad cultural*, la vigencia, siempre renovada de actitudes discriminatorias y jerarquizantes hacia determinadas manifestaciones culturales de nuestro entorno social amplio. En resumen, desde el mundo de la educación se ha acudido a la antropología después de la frustración y el conflicto, después de agotar estrategias disciplinarias tradicionalmente más presentes en el mundo educativo. Se ha ido generando, de esta manera, una pedagogía que asume aparentemente *postulados humanistas* de la tradición antropológica, como el *relativismo cultural* y que incorpora, también aparentemente, estrategias y técnicas propias de la investigación sobre los fenómenos culturales, como la *etnografía*. El resultado de esta relación ha dado lugar, en nuestro país, a una definición estrecha y fragmentaria del potencial de la investigación cultural para la comprensión de y la intervención en aquel aspecto fundamental de la enculturación de las sociedades complejas, que identificamos con el sistema educativo formal e institucional, por obligatorio. Y se ha ido cerrando la posibilidad de recuperar el bagaje empírico y conceptual creado en una tradición antropológica más amplia sobre los procesos de *adaptación* y *esfuerzo adaptativo*, *enculturación* y *cambio social*.

Paradójicamente, ha sido habitual la práctica de contrarrestar aquella negativa situación de partida -incompreensión, rechazo, fracaso, conflicto- (que se suele ubicar dentro de las cabezas de los alumnos y cuando más bien debería buscarse en el currículum, la organización y administración escolares y un número nada despreciable de educadores), por medio de materiales impactantes (en todos los soportes: escritos, visuales) sobre la pobreza en el Tercer Mundo y las víctimas de la marginación social de nuestro entorno. Y, desafortunadamente, diversidad, diferencia y desigualdad quedan confusas sin solución: diferencia cultural, desigualdad de condiciones sociales, déficit. En esta posición, las escasas aportaciones que pueden hacer los antropólogos se reducen a proporcionar "datos" sobre grupos específicos, a veces forzados imprudentemente a arriesgar generalizaciones y a postular relaciones causa-

efecto sin investigación que les dé soporte. No encontramos en nuestra "literatura" ni una sola referencia a las investigaciones sobre modelos de enculturización y de transmisión cultural, ni un solo estudio comparativo sobre nuestros colectivos escolarizados reales. Demasiado pronto ven la luz publicaciones que no son más que evocaciones descriptivas y que se tiñen de una manifestación ideológica explícita en este campo, a modo de validación científica. Y esto tan débil que se presenta como el conocimiento de una realidad, muchas veces es la única guía para actuar en ella!

Las relaciones de la investigación socio-cultural con otros campos que ahora, en cambio, prometen una divulgación rápida y amplia de algunas de estas herencias y que parecen interesarse por los interrogantes y los retos de la diversidad, podrían acabar construyendo también un serio espejismo. La experiencia de las relaciones de urgencia entre cultura y educación en términos de disciplinas científicas en las realidades complejas que hemos de afrontar y sobre las que tenemos la responsabilidad de intervenir, nos debería servir para encara con reservas las relaciones con los nuevos medios y las *utopías tecnológico-sociales* que prometen.

Conflicto cultural, ¿desigualdad, desinformación?

Así pues, desde estos otros campos, referirse a la cultura como recurso explicativo -o expiatorio- se ha convertido, también, en una estrategia sistemática: sin duda, desde el campo de la información y la comunicación. Se ha puesto de moda en dos sentidos también, tanto para pensar en la adaptación necesaria a la creciente y evidente diversidad surgida de las nuevas situaciones migratorias como para referirse, como decía, a lo que nos depara el futuro como consecuencia del desarrollo de las llamadas *nuevas tecnologías de la información y de la comunicación*. En todas partes se esgrime el argumento de la *nueva cultura*, se espera de y se enconde en *la cultura* todo esfuerzo y todo reto que amenace nuestra existencia actual. Tras los controvertidos usos del relativismo cultural, no parece muy alentador para la Antropología el hecho de que - por fin!- una concepción de cultura que le sea deudora, que amplíe el espectro semántico de lo canónicamente expresivo y civilizador con la experiencia impresionante de la humanidad anónima, entre en el siglo XXI como coartada para la nueva sociedad que se está gestando, el sueño/pesadilla neoliberal en sus aspectos más tenebrosos.

Recordemos que, por definición, toda la sociedad compleja es una sociedad multicultural. Por lo menos, lo sería mínimamente en términos de consumo cultural diferenciado, de techos culturales de satisfacción, de marcadores de distinción y pertinencia social en las prácticas culturales y en la cultura material. Una sociedad compleja es, es necesario continuar insistiendo, el producto de la combinación jerárquica de agregados humanos que se sitúan de manera desigual en las relaciones de producción y en las de su acceso en los bienes sociales, pero que, además, exhiben, contruyen y viven desde concepciones particulares del mundo y maneras de interactuar en él. Entonces, si la coexistencia -negada o reconocida- de formaciones culturales diversas es un elemento característico de las sociedades complejas como la nuestra, no podemos mantener en absoluto que esta realidad multicultural constituye una fenómeno nuevo.

Defiendo la hipótesis de que esta realidad multicultural nos espanta más cuando se confunden y mezclan dos circunstancias muy específicas, distorsionadas por la apariencia de su acontecer. Por un lado la aparente movilidad incontrolable de personas a gran escala, que desdibuja fronteras y deshace límites. Por otro, la aparente violencia incontrolable que se genera en el encuentro entre culturas distintas. Parece que, por efecto de algún mecanismo concreto, asociemos el caos desde el principio a la constatación de la diversidad humana, al reconocimiento del cambio en nuestros paisajes sociales. Nuestra sociedad de la comunicación favorece en gran medida esta percepción; la inmediatez de la información sobre el caos aparente no nos permite convertir noticias visuales y verbales en datos, datos que podríamos procesar y entender en una dimensión diacrónica, por medio de nuestras propias historias y experiencias. Esto nos permitiría elaborar otras reacciones emocionales y cognitivas, positivamente. Este debería de ser el primer paso para el enriquecimiento intelectual del que el discurso se nos hace tan eco.

Desafortunadamente, pero, parece que se reclama de los estudios socio-culturales una respuesta múltiple y urgente a esta doble angustia. Una vez descartado científicamente y rehusado

socialmente el concepto de raza aplicado a los humanos, las respuestas limitadoras a la *imagen aclaparadora del caos y del conflicto* se buscan en nuevas clasificaciones: es necesario delimitar el universo de nuevos extraños en culturas bien identificables por *colecciones de elementos y fronteras étnicas* que permiten diseñar códigos de interacción unívocos, derechos adaptables a las competencias y prácticas segregadoras bajo la apariencia de principios relativistas y tolerantes. Juntos hasta que nos aclaremos o hasta que económicamente nos parezca rentable, mezclados nunca. Además, muchos de nuestros visitantes nos sirven para reforzar nuestros propios límites grupales, sean o no coincidentes con los oficiales, todos los límites grupales. Parece, pues, que es aquella *doble condición de caos* la que convierte en fenómeno aparentemente nuevo y definitivo como un problema social, la realidad multicultural que seguramente ha estado, en cambio, nuestra situación más frecuente, la que nos ha dado el marco que tenemos. En nuestro pasado reciente, los migrantes no exhibían diferencias externas no disimulables y la propia condición de migrante, que se encuentra en la raíz de toda condición de ciudadano -por ejemplo, en una ciudad como Barcelona-, podía hacer compatibles, si más no a nivel de discurso, los proyectos uniformizadores y la ciudadanía compartida. Proyectos modernos, de compartir bienestar, de aportar por el futuro -como la mayoría de proyectos migratorios recientes si no los etnificamos.

Ahora hemos pasado de la negación de los atributos de cultura a los elementos diferenciadores que caracterizan las formas de vida y los universos simbólicos de otros grupos, de los que nos queríamos diferenciar socialmente estableciendo una escala jerárquica, a una situación mucho más peligrosa, desde la perspectiva de la solidaridad humana y de la convivencia democrática: ahora proliferan enfoques de nuestra situación de diversidad que insisten en la necesidad de tolerarnos y respetarnos, debido a nuestra imposibilidad de entendernos. Cabe recordar, como se decía más arriba, la ambigüedad que adquiere el relativismo cultural en la actualidad: bajo la misma bandera se revelan actitudes discriminatorias y excluyentes que se fundamentan en un supuesto carácter irreductible de las culturas, al lado de otras actitudes verdaderamente abiertas al diálogo y a la negociación intercultural. Las últimas, pero, presentan muchas veces dosis enormes de ingenuidad y de falta de realismo en el tratamiento de los conflictos reales que surgen, desplazando la investigación de respuestas en el marco socio-económico o en cierto tipo de ciencias sociales especializadas en no implicarse en los retos de la intervención social, incluidos -es claro- los retos educativos y los retos informativos, los que llegan por definición en toda la población.

Aculturación, ¿virtualidad, desvinculación?

Paralelamente, sin duda ha tomado fuerza y persiste la creencia de que estamos inmersos en un proceso de transformación cultural profunda, caracterizada a grandes rasgos por una pérdida creciente de la cultura escrita y una penetración masiva y generalizada de nuevas tecnologías de la comunicación que nos abocan a una realidad llamada virtual, de *aquello que no existe sino en potencia*. De hecho, hay que reconocer que la reflexión sobre algunas nuevas habilidades que desarrollamos y sobre algunas ventajas de las que algunas personas disfrutamos, constituyen unos de los ejemplos mejores que últimamente utilizo para ilustrar algunas consecuencias no necesariamente dramáticas de los procesos de aculturación, que son constantes, y a los que estamos expuestos en las sociedades complejas del presente. Pero este es sólo un aspecto de la cuestión. En otro sentido, estaría bien identificar en qué pueden consistir estos cambios en términos socioculturales más globales y dejar de plantear en términos tan simples e inmediatos -y seguro que elitistas- qué efectos pueden tener.

Para empezar, tenemos una peligrosa tendencia a confundir virtualidad con ficción. Un director de cine conocido señalaba hace poco la pérdida de la capacidad de la de la televisión para crear ficción, tal vez por aplicarse la máxima de la "la realidad supera la ficción" y basar en ella su guerra de audiencias. Es cierto que, por un lado, encontramos en la televisión la explicitación creciente de los hechos que se convierten en noticia sin acompañamiento explícito o claves interpretativas que nos permitan una comprensión más allá de las reacciones emocionales, probablemente tan intensas como efímeras, que despiertan en nosotros. La omisión de aquellas claves podría constituir en sí misma una estrategia desorganizadora de la acción, de una

eventual acción. Por otro lado, y en una línea semejante, podríamos sorprendernos cada vez más con la disposición a creer que sólo es real aquello que nos transmite la pantalla, en exhibición impúdica permanente. Esta contradicción entre realidad, o percepción de la realidad, y virtualidad, desplaza pero integra la oposición entre cultura escrita y cultura virtual. De hecho, hemos pasado de fundamentar nuestra existencia, y los límites de nuestros derechos y deberes, en la existencia misma de documentos que la acrediten -quienes somos, de donde somos, que relaciones sociales y afectivas pueden derivar expectativas sobre nuestra conducta-, a una situación que ya se ha repetido, sospecho, mucho más en la vida real que en el cine, en la cual una base de datos nos ha desprovisto de existencia, de piso, de cuenta corriente o de pensión, por errores inexplicables. Lo que queda impreso o grabado en el disco duro, si no se quema ni los insectos se comen el papel, o si no se estropean los circuitos y piezas correspondientes, se configura como una memoria selecta y selectiva de las vidas de las personas y de sus obras, incluidas las de ficción. Desde esta perspectiva, pues, *bien poco se ha transformado nuestra cultura.*

Pero esta línea de reflexión no resuelve el enigma de la supuesta decadencia de la llamada cultura escrita. Algunas disciplinas, como la historia o, en tiempos arcaicos, la antropología, precisamente han fragmentado o identificado sus objetos de estudio a partir de la división entre sociedades que han desarrollado mecanismos más seguros que la transmisión oral o la tradición para garantizar la trascendencia de su orden y aquellas que se han mantenido ágrafas. Parece una hipótesis bien contrastada el hecho de que estas últimas han tenido sistemas de poder menos centralizados y mecanismos de control social no aplicados de manera exógena por agentes especializados. Siempre conviene recordar que la escritura y la división social del trabajo se han desarrollado a la par, no por azar. El control de la información y de los mecanismos que la pueden vehicular, hacerla inteligible, ha sido una pieza clave en la historia de las sociedades humanas.

A menudo olvidamos que la generalización de la alfabetización ha estado presente en todas las reivindicaciones sociales, protagonizando de manera privilegiada las aspiraciones emancipadoras de los pobres y de las mujeres. Que la capacidad de escribir para comunicar y divulgar ideas y la capacidad de leer para descubrirlas -y para descubrir e interpretar el orden y los límites en los cuales está previsto que se desarrolle nuestra existencia- no debe ser algo superado en nuestro entorno, parece obvio desde el momento en que las oportunidades para adquirir estas habilidades con suficiencia y autonomía no quedan ni de lejos aseguradas por nuestro sistema educativo. Y esto en dos sentidos. El primero, porque sólo escribimos algunas cosas de las que ocupan nuestro ámbito de actividades para el mantenimiento de la vida social (leyes, instrucciones, registros, ordenes, ciencia) y queremos creer que el conocimiento de otros ámbitos se vehicula mejor por medio de la imagen o de la tradición oral. Por ejemplo, cada vez son más numerosas las instrucciones de montaje o funcionamiento de nuestros objetos de consumo que tienen un soporte visual en lugar del tradicional y tal vez incomprensible prospecto escrito; otro ejemplo, las actividades fundamentales realizadas por las mujeres y los saberes que han desarrollado no son registradas a no ser que se puedan transformar en negocio lúdico, como los libros de cocina, y hayan sido objeto de severa penetración tecnológica deculturadora, como la restauración y el catering. Y trasladamos estas creencias al mundo de la educación, a menudo con consecuencias empobrecedoras por el uso indiscriminado que se hace de ellas. El segundo, porque atribuimos al dominio del entretenimiento visual -especialmente la televisión- la no afición a la lectura de obras literarias y, de rebote, el fracaso del proyecto de autonomía lecto-escritora de nuestros alumnos, a menudo despreciando otras estrategias de motivación más instrumentales en apariencia. Recuerdo con claridad la respuesta que un profesor, compañero de trabajo en la universidad, me dio cuando yo señalaba que unos estudiantes determinados no estaban acostumbrados ni se les pedía en ninguna materia de su carrera que leyeran por su cuenta y pensaran sobre las lecturas: "¿Que no leen, dices? ¿Has visto como es de gordo el manual de biología?" Evidentemente, yo me refería a otra clase de lectura, no necesariamente literaria, claro. La imprudente superespecialización universitaria se traduce

con demasiada frecuencia por esta vía en la exclusión del pensamiento, quizás en especial del pensamiento para compartir y para contrastar, bajo la apariencia de mayor autonomía y suficiencia lecto-escritora que otros sectores sociales. Yo no hablaría, pues, de decadencia de la cultura escrita, sino de freno al desarrollo de las habilidades críticas globales en lenguajes compartidos, o mutuamente inteligibles. El entrenamiento de aquellos estudiantes en aspectos telemáticos era, en cambio, bastante sólido.

Para acabar esta reflexión quisiera volver a la virtualidad y a la ficción, a la capacidad de crear ficción, que es, en definitiva, la capacidad de representar aquello que no existe sino en potencia. Pienso en las reservas y las reticencias hacia estos elementos a la vez familiares y perturbadores - los ordenadores, la informática, las comunicaciones inabarcables- y los usos antisociales que se les pueden asociar. El ejercicio de localizar, desde aquí, un libro en una biblioteca de los EUA por medio de Internet, no exhibe ninguna virtualidad misteriosa, ya que obtendríamos el mismo resultado pero con más tiempo si escribiéramos una serie de cartas o hiciéramos una serie de llamadas telefónicas para el mismo fin. El acceso a más información no debe engañarnos sobre qué sabemos, aunque nos pueda ayudar enormemente. Ahora bien, las reacciones de desaprobación que generan ciertos juegos y actividades en los cuales, con la coartada de la virtualidad, se desencadenan situaciones de riesgo real, desgraciadamente, se dirigen a los medios utilizados, no a los entornos de aprendizaje y a las condiciones sociales en que se usan. Son aquellos los que pueden llegar a fomentar objetivos de simulación destructiva bajo el lenguaje aceptable del entrenamiento para el futuro y el mercado del joven consumidor (nada virtual, por cierto). El elemento por medio del cual se diseñan y se practican estas actividades esta tan marcado de límites -límites que suponen decisiones educativas y objetivos educativos- como nuestra sociedad está dispuesta a. O límites que indiquen que está dispuesta a dejar de ignorar la educación de las jóvenes generaciones, delegándola progresivamente en las instituciones y en los profesionales de la educación. No olvidemos que la capacidad de representar y simular, la virtualidad de las situaciones y las ideas, se encuentra en la raíz de la capacidad de jugar, que es infinitamente más complejo que entretenerse inmovilizando el tiempo del crecimiento. Debemos analizarlo con profundidad, escribirlo, leerlo, divulgarlo y empezar un debate sobre esto aunque sólo sea por Internet. Y este no sería seguramente un debate distinto.

Interculturalidad, interculturalismo

Más que una ideología, el interculturalismo es un conjunto de principios antirracistas, antisegregadores y, en potencia y voluntad, igualitaristas, según los cuales es conveniente fomentar los contactos y los conocimientos entre culturas con el fin de favorecer entre ellas relaciones sociales positivas. Se defiende que las relaciones culturales entre los grupos humanos sean de producir en un plano de igualdad que permita la interacción positiva, por medio del conocimiento y del consiguiente enriquecimiento mutuo. Defiende que si conocemos las maneras de vivir y de pensar de otras culturas y grupos humanos, nos acercaremos más a ellos. Naturalmente, esta es una idea utópica hacia la cual no siempre es posible ni mucho menos fácil crear un camino claro. En otro orden de cosas, la experiencia desde el movimiento feminista nos puede hacer recordar de golpe qué ingenuo es pensar que se puede encontrar alguna ventaja en dos actitudes prácticas que, en cambio, contribuirían a arreglar las relaciones entre los sexos, desde el universo masculino: estar dispuesto a aprender de aquello secularmente minorizado, ridiculizado y satanizado y, además, estar dispuesto a ceder espacios de poder propios a quienes exhiben esos atributos!

Hay que descubrir y superar las trampas que se esconden en el interculturalismo y volver a hablar de cultura y de culturas. El primer engaño se refiere a una idea muy recurrente, la que supone que existe una interacción o una interrelación entre culturas. En cambio, es necesario ver que son los individuos los que entran en competencia y son precisamente sus bagajes culturales los que a menudo se consideran y utilizan como barreras que impiden la solidaridad y los marcadores que permiten jerarquizar los grupos (y generar actitudes paternalistas entre todas las ideologías). En realidad, en condiciones de escasez y competencia, conocer mejor al otro significa tener más herramientas para vencerlo. Conocer mejor a la otra persona, también puede querer decir no compartir nada ni considerar enriquecedor lo que nos pueda ofrecer. El

segundo engaño es que tal vez podamos pensar que si conocemos las maneras de vivir, de pensar y de sentir de nuestros vecinos diferentes, nuestra convivencia será mejor, estableceremos con ellos relaciones afectivas y estaremos dispuestos a compartir con ellos nuestros espacios sociales y de poder, a admirar aquellos aspectos de su cultura que nos fascinen y a evitar aquellos que nos distancien. Podemos llegar a pensar que si esta situación se produce, nunca más emergerán conflictos entre comunidades que, de hecho, se irán pareciendo e irán construyendo nuevas dimensiones culturales, se irán transformando. Claro que esto es precisamente lo que pensaban los habitantes y pueblos del área Yugoslava antes de la guerra.

¿Pueden las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación crear espacios de acercamiento y de negociación intercultural, de solidaridad y de compromiso, sin etnocentrismo? *¿Espacios que no sean sólo ensayos para una realidad que nunca tendrá lugar?* Tengo que terminar confesando que no me abandona una cierta sensación de engaño, otra vez, especialmente cuando se apuesta con tanta fuerza y convicción por los enormes beneficios y virtudes que todas estas nuevas tecnologías parece que aportaran al campo de la formación de ciudadanos del mundo, al campo de la educación. Me preocupa lo que siento como una progresiva situación de no-mediación, que es, en definitiva, la ausencia de ciencia i/o cultura para ubicarse en la realidad, para diseñar recursos intelectuales y emocionales a partir de la experiencia, en medio de la explosión de potenciales tecnológicos. De momento, pienso que nos abruman demasiado con razón, ya que ante ellos, la inmensa mayoría de ciudadanos somos totalmente dependientes y estamos deculturados, en el sentido de que no somos ni remotamente capaces de reconstruir materialmente los procesos que los hacen existir. Y me hace dudar un poco lo que personalmente juzgo de arrogancia y de ignorancia cuando leo, por ejemplo, las tonterías que se escriben y se proclaman sobre el hecho de que no hará falta (desde cuando eso es bueno?) salir de casa para trabajar: que se lo expliquen a las cosedoras de piezas (textiles) del Vallés o a todas las familias campesinas herederas del putting-out system que ahora rondan entre los 70 y los 80. Estas y otras "ventajas", ¿qué mejoran?

Por otro lado, ¿qué efectos sociales y culturales han tenido hasta el presente las sucesivas revoluciones tecnológicas que ha conocido la humanidad? Naturalmente, muchos positivos, que ya nos gustaría pensar como irreversibles. Pero también negativos, aumentando la distancia, la *deculturación*, la *desvinculación* para amplios sectores de la población mundial, a cada fase de desarrollo del capitalismo. Estas han sido las armas clásicas del mercado mundial para incrementar primero la dependencia y, en las fases bajas de los ciclos económicos, la marginalidad, para establecer barreras, destruir lenguajes propios y originales, que eran reivindicativos y emancipadores. Claro que las tecnologías de la información y la comunicación podrían -deberían- hacer llegar los recursos sociales, la voz política y un espacio de aprendizaje común, a todos los individuos y grupos que, desde nuestra herencia sociocultural -es inevitable- definimos como ciudadanos del mundo. Pero ¿cómo? De aquí sí que se desprenden recreaciones culturales que no estamos en condiciones de avanzar ni de evaluar, claro. Pero, para empezar, deberíamos ser capaces de consolidar, con vocación crítica, algunas ideas sobre la cultura, las relaciones interculturales y las poderosas herramientas que las pueden mejorar -los ámbitos educativos y los medios de información y de comunicación- más allá del juego de la virtualidad y del atractivo de la pura representación.